

El mejor de la clase



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: Alba Medinyà.

Robert y Gerard van juntos a clase. A la clase de 1º A, también conocida como la clase de los “Satélites naturales”.

Robert y Gerard podrían ser buenos amigos, pero entre ellos se interponen ciertos obstáculos, el principal es que Robert no soporta a Gerard. No lo puede ver, ¿sabéis por qué?

Porque el lunes, Gerard llega al cole con unas redacciones de fin de semana insuperables. Y los martes, en clase de música, hace un solo de armónica que arranca incluso los aplausos de las manos artríticas de la Señorita Pensacola. Los miércoles, es quien mejor chuta, batea y encesta la pelota. Los jueves, a la hora de biblioteca, han tenido que comprar libros nuevos porque ya se los ha leído todos. Y los viernes... los viernes, Gerard hace lo que quiere y, sea lo que sea, siempre le sale bien. Por todo esto –y otras razones que ahora no vienen al caso- es por lo que Robert no soporta a Gerard, porque a su lado se cree solo una sombra. El segundo, el tercero... el décimo de la lista de hacer bien las cosas. El eterno aspirante a todo.

“¡Qué rabia me da este chaval!”, se decía Robert cada vez que Gerard aparecía a su lado. Pero la verdad es que no era rabia, ni mucho menos. Lo que sentía Robert era envidia. Un sentimiento que le nacía en la planta de los pies y subía hasta quemarle las mejillas. Por culpa de la envidia, Robert había dejado de ser él mismo para convertirse en otra persona. Alguien malhumorado y que no hacía nada de lo que en realidad quería hacer. Por culpa de la envidia, los lunes, Robert tiraba la redacción del fin de semana a la papelera antes que nadie la pudiera leer. Los martes, en música, escogía en triángulo en lugar de la harmónica –por miedo a hacer el ridículo-. Los miércoles, se limitaba a ser un simple observador de partidos y carreras porque decía que tenía dolor de tripa. Los jueves, no se podía concentrar en la lectura porque estaba demasiado pendiente de cómo pasaba las páginas su vecino. Y los viernes... los viernes Robert estaba tan cansado de tener envidia durante toda la semana que no le quedaban ánimos para hacer nada divertido ni de provecho.

La envidia, como un monstruo gigante, iba abrazando a Robert y no dejaba pasar ni el aire ni la luz del sol. Hasta que llegó ese día. Ese giro inesperado que lo cambió todo, en la clase de los “Satélites Naturales”: el concurso de dibujo del segundo trimestre.

Robert dibujaba muy bien. En realidad, le gustaba tanto dibujar que, a pesar de tener solo seis años, había decidido que de mayor sería dibujante profesional. Casas, coches, la maquinaria imposible de un reloj y todo tipo de personas y animales, Robert lo dibujaba todo. A pesar de eso, decidió no presentarse al concurso. “¿Para qué? Si seguro que gana Gerard”, se repetía a sí mismo. Ofuscado, una vez más, Robert se miró el papel y la envidia no le permitió dibujar nada. Al ver su hoja en blanco, la Señorita Pensacola le alentó un poco, pero Robert le respondió que no participaría. Pero esa no era una opción. “Al concurso os vais a presentar todos, pequeño. Haz lo que quieras, pero que tenga forma de dibujo”, le respondió la maestra con una sonrisa en los labios. Entonces, Robert cogió el lápiz i trazó cuatro garabatos, de cualquier manera, sin esforzarse en absoluto. Al ver esa chapuza, la Señorita Pensacola hizo una mueca de desagrado, pero no hizo nada.

Una fría mañana de febrero, se anunciaron los resultados del concurso en la sala de actos de la escuela. Los ganadores de todos los cursos subían al escenario, donde el Director Budnik les hacía entrega de una caja de lápices de colores. Cuando llegó el turno de primer curso, Roberto se hundió en su silla. Y antes que dijeran ningún nombre, la envidia ya asomaba la cabeza, como un pequeño duende malicioso. El Director Budnik carraspeó, “y el primer premio es para...”. Robert refunfuñó “para Gerard Soler... ¡como siempre!”. El director continuó, “el premio es para... ¡Marta Marsinyac!”. ¡¿Marta Marsinyac?! El nombre de esa niña resonó por toda la sala de actos. Resonó incluso dentro de su pequeña cabecita. Marta se levantó y subió al escenario, dando pequeños saltos de alegría. Gerard la miraba sonriente. Robert, desconcertado.

Los dibujos fueron expuestos en la entrada de la escuela. Gerard ni siquiera había quedado entre los finalistas, pero él no parecía nada afectado. Al contrario. Iba de aquí para allá, hablando con todos, hasta que... “¡Eh, Robert! ¿Dónde está tu dibujo?”, le preguntó. Robert se avergonzó antes de llegar a responder. Si le enseñaba su dibujo, Gerard se reiría de él, seguro. Pero Gerard, a la suya, continuó. “Me han dicho que es ese de ahí, pero yo no me lo creo. Tú dibujas súper bien, eres quien mejor dibuja de la clase, ¡y este dibujo parece que lo haya hecho un niño de P3!”. Robert miró el dibujo que estaba señalando y tragó saliva. En realidad, sí, ese era el churro que él había hecho, convencido que no valía la pena esforzarse. “Sí. Es mi dibujo”, asintió Robert. Entonces, como si le explicara un gran secreto, continuó, “pero en realidad... no lo he hecho yo. Lo ha hecho mi hermano pequeño, ¡el que va a p3!”. Gerard, cómplice, puso unos ojos como platos y se hizo un hartón de reír. Se creyó lo que Robert le estaba contando y, además, pensó que era una travesura la mar de divertida. Y, por primera vez, Robert no sintió aquella envidia furiosa subiéndole por las piernas. Y se rio, al lado de Gerard, que ya no parecía tan terrible.

Sonó el timbre. Era hora de ir a casa. Los dos niños salieron juntos de la escuela. “Oye, Robert... ¿por qué no vienes a mi casa mañana y hacemos unos dibujos guays?”. Robert sonrió. “Vale. Te puedo enseñar a hacer aviones. Y tractores, si quieres”. Gerard, emocionado, aplaudió. Le encantaban los tractores. “Pero, a cambio, me tienes que hacer un favor”, puso Robert como condición. “El próximo día que toque música, ¡el solo de harmónica lo voy a hacer yo!”. Gerard pensó un segundo y asintió, un poco a su pesar, porque en el fondo, a todos nos gusta ser una estrella.

A partir de ese día, Gerard tuvo que acostumbrarse a compartir protagonismo en aquellas cosas en las que tanto brillaba. Robert dejó atrás esa envidia tan poco productiva y empezó a hacer las cosas porque quería, porque le gustaban, porque valían la pena, sin tener en cuenta si a Gerard le salían mejor que a él. Su amigo Gerard.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital